

*Banda sonora para un golpe de Estado* no es un documental que se vea: es un documental que te sacude. Johan Grimonprez construye una película torrencial, llena de archivos, discursos, canciones y fragmentos históricos que terminan componiendo algo parecido a una jam session política. Todo parece moverse al ritmo del jazz: improvisación, tensión y caos. Y sin embargo, detrás de ese aparente desorden hay una construcción narrativa de una precisión extraordinaria.

Nominada al Oscar a Mejor Documental en 2025 —premio que finalmente perdió, de manera bastante injusta para mí por lo menos—, la película confirma algo que se comentó también durante el coloquio posterior: estamos probablemente ante uno de los documentales políticos más importantes de los últimos años.

La película parte de la independencia del Congo en 1960 y del asesinato de Patrice Lumumba, primer dirigente democráticamente elegido del país. Pero rápidamente entendemos que el Congo funciona aquí como símbolo de algo mucho más grande: la Guerra Fría, el colonialismo europeo, la intervención norteamericana y el miedo occidental a que los países africanos recién independizados pudieran actuar unidos dentro de Naciones Unidas.

El documental insiste en una idea incómoda: el colonialismo nunca desapareció, simplemente se volvió más sofisticado. El neocolonialismo aparece aquí como una manera más sutil de seguir explotando el continente más rico del planeta. África fue —y sigue siendo— proveedora de materias primas para las guerras y el bienestar de Occidente. Como recuerda la película, el Congo suministró el uranio utilizado en Hiroshima y Nagasaki, y sus recursos continúan siendo fundamentales para las grandes potencias mientras la población congoleña apenas se beneficia de esa riqueza.

Uno de los aspectos más demoledores del documental es comprobar hasta qué punto las instituciones internacionales aparecen atravesadas por la hipocresía y los intereses geopolíticos. Naciones Unidas se presenta como un espacio incapaz de actuar de forma realmente justa o independiente. La película muestra el miedo de Estados Unidos y Europa a que los nuevos países africanos votasen unidos dentro de la Asamblea General y alterasen el equilibrio mundial. Y ahí comienzan las maniobras diplomáticas, las presiones, los sobornos y los intentos de dividir a los dirigentes africanos para evitar cualquier bloque político independiente.

Todo esto conecta directamente con la idea de *The Cool War*: una guerra fría cultural donde conciertos, giras internacionales y diplomacia artística servían para ocultar operaciones políticas muchísimo más violentas.

Ahí entra el jazz.

La película muestra con brillantez la contradicción estadounidense: mientras el gobierno enviaba músicos negros como Louis Armstrong o Dizzy Gillespie para

vender la imagen de un país libre y moderno, dentro de Estados Unidos seguían existiendo segregación racial y discriminación sistemática. Armstrong actuaba en el Congo como embajador cultural mientras la CIA conspiraba simultáneamente para facilitar la caída de Lumumba.

En ese contexto, figuras como Nina Simone adquieren todavía más fuerza simbólica. Su música parece contener esa sensación de desarraigo de muchos afrodescendientes estadounidenses: no sentirse plenamente aceptados como americanos y, al mismo tiempo, vivir separados de unas raíces africanas convertidas en memoria fragmentada.

La película me llevó también a reflexionar sobre cómo nuestra visión de África, Latinoamérica o incluso de la propia Guerra Fría ha estado condicionada durante décadas por el dominio mediático occidental. El caso de Nikita Jrushchov resulta especialmente revelador: reducido en nuestra memoria al gesto caricaturesco del zapato en la ONU, el documental recupera también su papel denunciando el colonialismo europeo y defendiendo la autodeterminación de los países africanos. Grimonprez desmonta así muchos relatos heredados y obliga a cuestionar cuánto de nuestra visión del mundo hemos asumido casi sin darnos cuenta.

Personalmente, la película me dejó una sensación amarga al pensar en la injusticia histórica que han sufrido continentes enteros para que los de siempre mantengan el poder económico y político mundial. Y también una enorme desconfianza hacia organizaciones internacionales que muchas veces parecen funcionar más como escenarios de posturo diplomático que como herramientas reales de justicia.

Y resulta inevitable pensar en conflictos actuales como Palestina, donde vuelve esa misma sensación de impotencia y de cinismo internacional, con las grandes potencias condicionando constantemente las reglas del juego geopolítico.

Formalmente, el documental es impresionante. El montaje relaciona constantemente imágenes, sonidos y discursos políticos, creando momentos donde la música parece responder irónicamente a las declaraciones diplomáticas. Nada funciona como simple acompañamiento: cada canción es también un comentario político.

Entre Monk, Armstrong, Coltrane o Nina Simone, la sensación final resulta difícil de esquivar: tal vez la Historia nunca dejó realmente de tocar la misma melodía exótica en el mismo reservado VIP en un club de Bélgica.